

# EL PROYECTO CONTINENTAL DEL TERCER REICH

Por RAFAEL GARCIA PEREZ

## SUMARIO

I. LOS ORÍGENES INTELECTUALES DEL PROYECTO: LA IDEA DE LA *MITTELEUROPA*.—II. LA TEORÍA DE LA *GROSSRAUMWIRTSCHAFT*.—EL ORDEN JURÍDICO INTERNACIONAL DE LOS GRANDES ESPACIOS.—IV. EL CONTROL DEL COMERCIO INTERNACIONAL: BILATERALIZACIÓN Y *CLEARING*.—V. CONCLUSIÓN.

Tanto la teoría como la acción política y militar del Tercer Reich se encontraron orientadas hacia la consecución de un poder hegemónico, de base racial, primero sobre Europa y, como objetivo final, sobre el conjunto del planeta. Fue lo que se llegó a denominar la construcción del Nuevo Orden.

La idea del Nuevo Orden tuvo unos orígenes heterogéneos. Por un lado, partía de una cierta concepción de la política exterior concebida por Hitler en los primeros años veinte, basada en una serie de principios, muy firmes e irrenunciables, que definieron el programa de acción exterior del nazismo (1). Este programa fue aplicado en sus consecuencias más extremas hasta abril de 1945 y partía del siguiente escalonamiento temporal y geográfico:

1) Dotar a Alemania de los medios económicos, políticos y, sobre todo, militares, que la convirtieran en la principal potencia continental europea.

2) Conseguir la alianza con Gran Bretaña a fin de mantener una guerra sobre un único frente oriental.

---

(1) La existencia de este programa de objetivos exteriores ha sido defendida por una corriente historiográfica conocida como «programática», y que tiene su punto de partida en el artículo de HUGH Trevor-Roper: «Hitlers Kriegsziele», en *Vierteljahreshefte für Zeitgeschichte*, 1960, 2 Hef., págs. 122-133. Sobre las controversias historiográficas respecto a las interpretaciones de la política exterior nazi ver el estudio de RENÉ SCHWOK: *Interprétations de la politique étrangère de Hitler. Une analyse de l'historiographie*, París, 1987.

3) Conquistar el *Lebensraum* en el Este europeo, estableciendo colonias agrícolas alemanas, exterminando a la población judía y a las elites comunistas y reduciendo a la población eslava a la esclavitud.

4) Crear un núcleo de poder, de proyección mundial, centrado en el Nuevo Orden europeo.

5) Expansión ultramarina (contando con la alianza británica o enfrentada a ella), cuyo último objetivo era una confrontación intercontinental entre Europa y los Estados Unidos, entendida como un combate por la supremacía mundial.

6) Hegemonía alemana sobre el planeta, imponiendo el predominio racial ario y su perpetuación.

El único punto de este programa que llegó a materializarse, aunque de forma parcial y mediatizada, fue la subordinación del continente europeo a los intereses expansionistas del nazismo. Esta subordinación económica, política y también militar fue más allá de la mera ocupación por la *Wehrmacht* de los países derrotados. El Tercer Reich creó en el continente toda una red de alianzas, solidaridades y temores entre el conjunto de los países europeos que, aunque desarrollada de forma paralela a las acciones bélicas, constituyó un auténtico programa de acción política que, utilizando un discurso eurpoeista, consiguió sintonizar y seducir a buena parte de los políticos e intelectuales nacionalistas y anticomunistas del continente.

La divulgación de la idea del Nuevo Orden por parte de la propaganda alemana se realizó durante la guerra mundial. Su primera exposición se debe a Walter Funk, ministro de Economía del Reich, en un discurso ante los corresponsales de prensa alemanes y extranjeros en julio de 1940, aunque ya a finales de 1939 el ministro de Agricultura, Walter Darré, se refiriera al tema en una conferencia sobre política agraria. Desde un principio serían predominantes los contenidos económicos del proyecto. Sus repercusiones políticas se pondrían de manifiesto con la firma del Pacto Tripartito (el 27 de septiembre de 1940) entre Alemania, Italia y el Japón. En el primer artículo, Japón reconocía a sus dos aliados la dirección en el «Nuevo Orden en Europa». Por su parte, los europeos reconocían a su socio idénticos derechos en el espacio de la «Gran Asia Oriental», lo que más tarde se denominaría la «esfera de prosperidad común».

La difusión de la Carta del Atlántico, la declaración firmada por Churchill y Roosevelt frente a las costas de Terranova en agosto de 1941, obligó al Eje a lanzar una contrarréplica que se concretó en un comunicado conjunto de Hitler y Mussolini, tras la visita de éste al cuartel general del *Führer* en Prusia Oriental pocos días después. La nueva consigna era la creación de un «Nuevo Orden europeo» mediante el estrechamiento de relaciones y la colaboración pacífica entre los distintos pueblos de Europa:

«El nuevo orden europeo que resultará de la victoria debe alejar todo lo posible las causas que en el pasado han producido las guerras europeas. El aniquilamiento de la amenaza bolchevique y de la explotación plutocrática permitirá la colaboración de to-

dos los pueblos del continente europeo en un trabajo pacífico, armónico y fructífero, tanto en el aspecto político como en el económico y cultural» (2).

Tras el ataque contra la Unión Soviética, la incorporación de los territorios orientales a la nueva Europa fue presentada por el Tercer Reich como una aspiración colectiva y una necesidad del conjunto del continente. Por tanto, cada nación debía considerar su contribución a la causa común. La escenificación de esa solidaridad europea antibolchevique y la muestra más evidente de la construcción, al menos en el terreno diplomático, de ese Orden Nuevo fue la renovación del Pacto Antikómitern, el 25 de noviembre de 1941, en Berlín. La retórica desbordada que se prodigó en este encuentro entre doce naciones llevó a identificar el Nuevo Orden con los «Estados Unidos de Europa», unificados en una empresa común (la «cruzada» contra el Este) de la que surgiría un continente unido y en paz.

La propaganda de guerra alemana utilizó sistemáticamente el lema europeísta con la intención de crear una conciencia colectiva que respaldase de forma unánime la lucha mantenida por la *Wehrmacht* como defensora de la civilización europea ante la amenaza bolchevique. Esta utilización bélica de la propaganda y el divorcio evidente entre los contenidos europeístas proclamados y la esencia biológico-racial del pensamiento nacional-socialista han determinado que la historiografía germano-federal de posguerra juzgara con severidad la naturaleza y alcance del programa del Nuevo Orden europeo, destacando su contenido exclusivamente propagandístico.

La investigación más rigurosa sobre este tema fue realizada por Paul Kluge en 1955 (3). Su estudio combatía a los apologetas de posguerra que trataban de ofrecer una interpretación interesada de la figura de Hitler, mostrándole como un epígono de Napoleón, constructor de una Europa unificada capaz de resistir los asaltos de potencias extraeuropeas. Para rebatir estas tesis, Kluge realizó un minucioso estudio sobre la formación de la ideología nazi, desde los primeros tiempos del partido en Munich hasta los últimos años de guerra, contraponiendo las declaraciones propagandísticas de los líderes nazis con sus comentarios privados (en diarios e informes internos) y la actuación política concreta.

Las conclusiones de este estudio resultan demoledoras. La concepción europea del nacional-socialismo carecía del menor atisbo de idealismo. Atendía a un premeditado cálculo egoísta, que era encubierto con su fastuosa propaganda. La acción política y militar del Tercer Reich estuvo movida por una única ambición: la construcción del «imperio germánico de la nación alemana», cuyo objetivo era la conquista del espacio vital (*Lebensraum*). Los axiomas biológico-racistas del nazismo impe-

(2) Del comunicado final a la entrevista de Hitler con Mussolini en el Cuartel General del *Führer* del 25 al 29 de agosto de 1941. Reproducido en el libro AA. VV.: *El nuevo orden económico en Europa*, Madrid, 1942, pág. 7.

(3) PAUL KLUKE: «Nationalsozialistische Europaideologie», en *Vierteljahreshefte für Zeitgeschichte*, Stuttgart, 1955, 3 Hef., págs. 240-274.

dían mantener una relación con otros pueblos distinta de la subordinación. En función de la idea de imperio fue conquistado el continente, y una vez alcanzada su hegemonía fue cuando se difundió el lema de construir el Nuevo Orden.

Kluke realizó un estudio políticamente comprometido que desautorizaba la propaganda pronazi de su época, encubierta tras una presentación pseudo-científica. Desde el pensamiento liberal y democrático por él defendido, Europa era entendida como la «patria de una familia de pueblos» libres e iguales, noción radicalmente incompatible con los fundamentos racistas de la ideología nazi. No puede sorprender, por tanto, que en sus conclusiones negara la existencia de cualquier noción europeísta en el seno del nacional-socialismo.

Es innegable que la idea europea fue manipulada por el Tercer Reich en función de circunstancias diplomáticas (los contrastes más significativos se aprecian antes y después de la invasión de la URSS) y por las exigencias de la guerra. Pero resulta evidente que la idea fue sistemáticamente difundida y recogida por los distintos pueblos del continente que, en algunos casos, la asumieron con buena fe (los colaboracionistas más entusiastas de primera hora) o con un pragmatismo resignado al pensar que la guerra había sido definitivamente ganada por los alemanes (4).

El estudio de Kluke ha tenido una honda influencia en la posterior historiografía alemana. La mayoría de los autores han identificado al Nuevo Orden europeo del Tercer Reich con el régimen de ocupación militar, considerando que se trataba tan sólo de una «burda cortina de humo» propagandística con la que encubrían sus aspiraciones imperiales. Este estudio pretende demostrar que los planes de integración europea nacional-socialistas, especialmente en su versión económica, tenían una larga tradición intelectual en el pensamiento nacionalista alemán y habían sido objeto de atención reiterada en el proceso de formación del moderno Estado nacional alemán. Sobre la base de esa tradición intelectual, el Tercer Reich elaboró un proyecto europeo basado en un nuevo modelo de desarrollo económico compartido e interdependiente, legitimado por nuevos principios de Derecho internacional y susceptible de regenerar la decadencia espiritual de Occidente por el cauce de la unión continental.

## I. LOS ORIGENES INTELECTUALES DEL PROYECTO:

### LA IDEA DE *MITTELEUROPA*

No puede sorprender la imagen, comúnmente aceptada, que presenta al nacional-socialismo como antítesis de cualquier ideología europeísta. La mayor parte de los estudios ideológicos sobre el nazismo parten del análisis del pensamiento político del

---

(4) Sobre la difusión de estas ideas entre colaboracionistas pronazis véase el trabajo de WALTHER LIPGENS: «General Introduction», en *Documents on the History of European Integration*. Vol. I: *Continental Plans for European Union 1939-1945*, Berlín-Nueva York, 1985, págs. 12 y sigs.

dictador alemán. Estos estudios han puesto de manifiesto que Hitler no sintonizó en absoluto con los lemas europeístas utilizados por la propaganda nazi. La aspiración de una Europa integrada chocaba necesariamente con su concepción esencialmente racial de las relaciones entre los Estados y su obsesión nacionalista hegemónica.

Existe, sin embargo, un punto de conexión que enlaza a la ideología nazi con las coordenadas teóricas de un proyecto continental europeo, aunque desde planteamientos ideológicos completamente distintos: las ambiciones de expansión territorial expresadas por Hitler. Las numerosas investigaciones biográficas que existen sobre la figura del dictador alemán (5) han destacado la constante presencia de estas ideas a lo largo de toda su vida política, tanto en las obras programáticas (6) escritas en el período de creación del partido, en los años veinte, como en sus discursos o en sus conversaciones personales mantenidas durante los años de guerra compiladas por orden de su lugarteniente, Martin Bormann (7).

A lo largo de todos estos escritos se manifiesta la existencia del programa de acción exterior ya mencionado. La creación de la Gran Alemania era la manifestación máxima de ese imperialismo hitleriano de base geopolítica y racial basado en la conquista del espacio vital. Fueron precisamente estos dos elementos (*Lebensraum* y supremacía racial), factores vinculados entre sí por un mismo principio étnico, las bases programáticas de la ideología de Hitler y el núcleo central de su política. Para él Europa no era una noción geográfica, sino «una teoría condicionada por la mediocridad de su sangre» (8). Sólo desde esta concepción radicalmente racista puede entenderse la brutalidad de su práctica política.

Desde sus orígenes, el proyecto y la acción política del nazismo se encontraron unidos a un programa de expansión cuya aplicación debía conducir, necesariamente, a una redistribución territorial del continente, y, en definitiva, a la creación de un nuevo orden internacional. Esta aspiración territorial hacía participar a la ideología hit-

---

(5) A modo de ejemplo señalamos dos de los grandes estudios biográficos sobre Hitler, el ya algo superado de ALAN BULLOCK: *Hitler*, Barcelona, 1963, y el espléndido libro de JOACHIM C. FEST: *Hitler*, Francfort, 1973.

(6) ADOLF HITLER: *Mein Kampf*, Munich, múltiples ediciones. Una buena guía para conocer este libro es el estudio comentado del profesor CHRISTIAN ZENTNER: *Adolf Hitlers Mein Kampf*, Munich, 1974. Existe un segundo libro dictado por Hitler durante los años veinte, que permaneció inédito en su día, y que constituye un magnífico documento para conocer la visión internacional del dictador alemán. El original fue encontrado, tras la guerra, por las tropas norteamericanas, y fue editado años después tras comprobar su autenticidad: GERHARD L. WEINBERG (ed.): *Hitler Zweites Buch. Ein Dokument aus dem Jahre 1928*, Stuttgart, 1961.

(7) ADOLF HITLER: *Hitler Tischgespräche im Führerhauptquartier 1941-1942*, Stuttgart, 1965. Existe una edición inglesa más completa, HUGH R. TREVOR-ROPER: *Hitler's Table Talks 1941-1944*, Londres, 1953 (ambos libros están traducidos al castellano). Sus impresiones personales en los últimos momentos de la guerra se encuentran compilados en *Le testament politique de Hitler. Notes recueillies par Martin Bormann*, París, 1959.

(8) «Europa ist kein geographischer, sonder ein blutmässig bedingter Begriff», citado por KLUKE: *op. cit.*, pág. 260.

leriana de una corriente intelectual de larga pervivencia en el pensamiento nacionalista alemán mostrando, de este modo, la relativa heterogeneidad de ideas, y también personas, de procedencias diversas que fueron englobadas por el nacional-socialismo a partir de 1933. Pese a su estructura totalitaria, el Tercer Reich fue relativamente permeable a diversos grupos tradicionales de poder (aristocracia prusiana y gran capital, principalmente) que colaboraron en el proceso de *Machtergreifung* en los primeros tiempos (9). Gracias a ello conservaron su influencia sobre centros decisivos de la administración del Estado (el cuerpo diplomático), el ejército y la economía. Esta connivencia perduró hasta que el partido nazi, a través de las SS, adquiriera un control absoluto en la última fase de la guerra (a partir de 1943). Este tipo de colaboraciones no se debió tan sólo a grupos sociales o profesionales, también afectó a numerosas organizaciones y partidos pangermanistas. Es en este tipo de aportaciones donde hay que investigar el origen de las teorías asociadas a la idea de *Mittteleuropa*.

El concepto de *Mittteleuropa* no es una noción geográfica, sino política. Nació en el siglo XIX como reacción defensiva que propugnaba una organización común en centroeuropa para resistir a las fuerzas internas (los nacionalismos de los pequeños estados alemanes federados) y externas (grandes potencias) que amenazaban con su descomposición. Multitud de teóricos lo interpretaron de maneras diversas, en función de los objetivos e intereses que defendían. La idea de centroeuropa siempre ha sido definida frente a una doble amenaza, del Este y del Oeste. En la época de Metternich, el peligro procedía de la democracia revolucionaria de occidente y del despotismo ruso que delimitaban un espacio central identificado con las esencias de la civilización occidental. Desde el principio, las consideraciones económicas jugaron un papel esencial. En la primera mitad del siglo XIX Friedrich List (10) ya hablaba de la necesidad de crear un gran espacio económico capaz de defenderse de la agresión comercial británica. Esta idea se encontraba en la base de los programas de unión aduanera discutidos tras la revolución de 1848 y que se concretarían en la *Zollverein*. Más tarde, cuando se impuso la «solución prusiana» al problema de la unidad alemana fueron muchas las voces que se elevaron contra la exclusión de Austria del cuerpo germánico proponiendo una fórmula distinta de integración política con la creación del Estado plurinacional. En general, los intelectuales ochocentistas seducidos por la idea de *Mittteleuropa* partían de una doble referencia. El recuerdo nostálgico y casi mítico del antiguo Sacro Imperio (que pervivió hasta 1806) y el fuerte dinamismo económico de la Alemania contemporánea (a partir de 1871). Ambos hechos les animaron a defender la germanización de un territorio suficiente para poder jugar un papel importante en un mundo gobernado por grandes potencias. Estas ideas desemboca-

---

(9) FRANZ NEUMANN: *Behemoth. Pensamiento y acción en el nacional-socialismo*, Madrid, 1983 (1.ª ed., 1942), pág. 52.

(10) FRIEDRICH LIST: *Sistema nacional de economía política*, México, 1941 (1.ª ed., 1841).

ron en la formulación de una *Weltpolitik* pangermanista que alcanzó su punto culminante durante el imperio guillermino.

Pese a la mucha literatura generada en torno a la idea de *Mitteleuropa* fue la obra de Friedrich Naumann, publicada en 1916, la que consiguió popularizarla como concepto político (11). Naumann fue un pastor protestante, hondamente influido por el socialismo, que a finales de siglo fundó el Partido Nacional-Social que con posterioridad se uniría a los progresistas. Su proyecto político respondía a una doble preocupación. Por un lado, defendía la creación en centroeuropa de una gran unidad política que en función de su población y superficie alcanzara un reconocimiento internacional equiparable al resto de las grandes potencias. Por otra parte, proponía que esa unidad política se articulase bajo una fórmula federal como única forma de integrar a los diferentes territorios. La *Mitteleuropa* era presentada como una necesidad puesta de manifiesto durante la guerra como consecuencia del bloqueo económico aliado, que había demostrado que sólo los grandes Estados eran capaces de sobrevivir en una guerra moderna. Naumann no atribuía la primacía política a ninguna de las naciones integradas en la federación sobre las que se asentaba su programa. Este hecho esencial permite desligar a Naumann de las corrientes pangermanistas (12). Al contrario, fueron los autores nacionalistas los que tergiversaron la idea de *Mitteleuropa* dotándola de un contenido pangermanista. Este proceso de manipulación se produjo al hilo de la grave crisis política y económica en que sumió a los antiguos imperios centrales la paz de Versalles.

Durante los años veinte, la frustración de la derrota creó un rechazo frontal contra los planes paneuropeos defendidos por la Sociedad de Naciones. La desarticulación del sistema financiero alemán y de sus mercados exteriores promovió una reacción nacionalista, pangermanista y antidemocrática que veía la superación de las dificultades en una Europa central económicamente estructurada en torno de Alemania. Este proyecto europeo abría paso a una comunidad unida por una misma tradición cultural y la afinidad política.

Numerosos intelectuales desempeñaron una tarea de especial importancia a la hora de dotar a la idea de *Mitteleuropa* de contenidos rigurosamente expansionistas. En este sentido hay que destacar la aportación de la escuela geopolítica que ya durante la Primera Guerra Mundial trató de demostrar la necesidad de que los alemanes construyeran en su entorno un «gran espacio» económico y político para desempeñar un papel protagonista en la historia mundial. Fue la tesis sostenida por el profesor sueco Rudolf Kjellén en 1914 y difundida en una edición comentada por su discípulo Karl Haus-

---

(11) FRIEDRICH NAUMANN: *Mitteleuropa*, Berlín, 1916. En nuestras referencias seguimos un estudio clásico: JACQUES DROZ: *L'Europe centrale. Evolution historique de l'idée de «Mitteleuropa»*, París, 1960.

(12) DROZ: *op. cit.*, pág. 267. Esta misma tesis fue defendida anteriormente por HENRY CORD MEYER: *Mitteleuropa in German thought and action*, La Haya, 1935, pág. 326.

hofer, el padre de la escuela geopolítica alemana (13). En los años veinte, esta escuela adquiriría carta de naturaleza con la creación de la revista *Zeitschrift für Geopolitik*, fundada por el propio Haushofer en 1924. Karl Haushofer mantuvo una estrecha vinculación con el nacional-socialismo, en el que se integró como consejero, avalado por su amistad con Rudolf Hess (14). Haushofer adoptó en sus obras el mito de un «pueblo sin espacio» para reivindicar la creación de un *Lebensraum* en el ámbito de una gran Alemania (15). Las delimitaciones geográficas carecían de importancia, buscando una premeditada vaguedad que tendría que ser definida en función de las circunstancias internacionales. Sus argumentaciones dotaron de una justificación académica, formalmente científica, a los sentimientos antieslavos e imperialistas del nacionalismo alemán, reforzando sus aspiraciones en el *Drang nach Osten*.

Hubo también historiadores que, defendiendo una concepción *gesamtdeutsch* (totalmente alemana) del pasado germánico, contribuyeron a dotar de una justificación histórica a las ambiciones expansionistas. Autores como Von Srbik o Schüssler (16) despertaron la conciencia de un destino solidario del pueblo alemán recuperando la idea del *Reich*, rompiendo con las nociones «pequeño-alemanas» (que excluían a Austria) que hasta el momento habían prevalecido en los medios intelectuales. Centroeuropa era presentada como el único espacio donde podía desarrollarse la historia alemana, y, de modo inverso, sólo este caótico agrupamiento de pueblos sumidos en penurias y rivalidades podían encontrar una vía de progreso a través del común denominador germánico. De forma que se alimentaba una suerte de concepción mística del *Reich*, conciliador de las nociones de imperio, pueblo y Estado, que fue recogida por el nacional-socialismo (17).

La concepción *gesamtdeutsch* combatía la «visión estatalizadora» de la historia que presentaba como extranjeros a alemanes que no vivían en el mismo Estado. Pretendían acabar con el enfrentamiento austro-prusiano, creando un sentimiento de comunidad de destino entre los pueblos. Este proyecto se presentaba como un fórmula integradora de las minorías alemanas esparcidas por el continente, reunificadas en un *Reich* alemán que, en su tradición universalista, asumiría en su seno los derechos de los pueblos de su entorno.

(13) RUDOLF KJELLEN: *Die Grossmächte der Gegenwart*, Leipzig, 1914. Sobre la actividad intelectual y política de Haushofer véase la biografía de HANS-ADOLF JACOBSEN: *Karl Haushofer, Leben und Werk*, Boppard a. R., 1979, 2 vols.

(14) Sobre las relaciones entre Haushofer y el nazismo véase la investigación de MICHEL KORINMANN: *Quand l'Allemagne pensait le monde. Grandeur et décadence d'une géopolitique*, París, 1990, págs. 261-275.

(15) KARL HAUSHOFER: *Weltpolitik von Heute*, Berlín, 1934.

(16) HEINRICH VON SRBIK: *Deutsche Einheit. Idee und Wirklichkeit von heiligen Reich bis Königsgätz*, Munich, 1935-1942, 4 vols.; WILHEM SCHÜSSLER: *Deutsche Einheit und gesamtdeutsche Geschichtsbe-trachtung*, Stuttgart, 1937.

(17) Sobre la concepción del Estado por el Tercer Reich, véase, ROGER BONNARD: *El Derecho y el Estado en la Doctrina nacional-socialista*, Barcelona, 1950 (1.ª ed., 1936), pág. 176 y sigs.

Esta visión *gesamtdeutsch* prendió de modo especial en algunos grupos nacionales austríacos (*Beton-Nationale*) firmes defensores del *Anschluss*. Estos grupos tenían una influencia política indudable, aunque su medio de difusión eran los círculos intelectuales y universitarios, como la escuela sociológica del profesor Othmar Spann, defensora de un corporativismo antiliberal y anticomunista (18).

La crisis económica de 1930 relegó, en cierta medida, los contenidos intelectuales de la idea de *Mitteleuropa* lanzando al primer plano del debate los aspectos materiales. La crisis puso de manifiesto la necesidad que tenían estos Estados de integrar sus economías como único camino para su desarrollo. En función de esta exigencia se fueron configurando diversos planes de integración comercial regional desde diferentes posturas políticas. Los que encontraron un mayor desarrollo fueron aquellos que defendían la creación de un «gran espacio económico» autosuficiente. Era la teoría de la «economía de gran espacio», la *Grossraumwirtschaft*.

## II. LA TEORIA DE LA GROSSRAUMWIRTSCHAFT

La teoría de la «economía de gran espacio» no tiene un único autor, ni fue enunciada a partir de una única obra. Más bien es una idea que recoge las concepciones económicas que sobre Europa se habían desarrollado en Alemania desde comienzos del siglo xx. Estas concepciones, difusamente formuladas en gran parte, compartían una perspectiva similar y no se diferenciaban mucho en sus partes esenciales. Desde un pensamiento nacionalista radical se enunciaron unos planes de organización, de integración económica del continente, en función de las condiciones geográficas, las tradiciones históricas y los lazos culturales. Estas «fuerzas profundas» de las relaciones entre las naciones, racionalizadas desde la posición hegemónica alemana, ofrecían un espacio centro-europeo abierto a la integración económica. Espacio que integraba áreas geo-económicas definidas (área danubiana, el Rin, el Báltico en la tradición comercial hanseática) y económicamente complementarias. Estas ideas adquirieron una audiencia extraordinaria penetrando en la sensibilidad política de los nacionalistas alemanes forjando un arma teórica singularmente eficaz para la expansión territorial.

El desarrollo de la doctrina de la *Grossraumwirtschaft* correspondió a los medios conservadores y nacionalistas, en especial el Partido Popular Nacional Alemán (DNVP), dispuesto a revisar el papel de Alemania en tanto que «potencia central». En función de ello se defendió una cierta idea de *Mitteleuropa*, económicamente dominada por alemanes que trataba de restablecer el equilibrio económico del continente en torno al centro germánico. Esta idea no constituía una ambición exclusiva de los nacionalistas y se inscribía en los esfuerzos por recuperar un sistema financiero y co-

(18) DROZ: *op. cit.*, págs. 260-261. Sobre OTHMAR SPANN y su obra *Die geistigen Grundlagen des Ständestaates*, véase FÉLIX KREISSLER: *De la Révolution à l'Annexion. L'Autriche de 1918 à 1938*, París, 1971, págs. 288-289.

mercial que había funcionado durante todo el imperio guillermino y al que Versalles no había ofrecido una alternativa estable (19). La crisis puso de manifiesto la artificialidad del nuevo sistema y creó un sentimiento generalizado de fracaso de la teoría económica liberal que inevitablemente iba unida a su propia filosofía política. Estas ideas dieron paso a una denuncia del sistema capitalista, profetizando su ineluctable descomposición y augurando su superación sobre la forma de unidades económicas regionales. En la difusión de estas ideas tuvo una influencia fundamental la revista *Die Tat*, dirigida por Hans Zehrer. Publicación que agrupó a un buen número de intelectuales y publicistas muy activos autodenominados «revolucionarios-nacionales». Estos jóvenes dotaron de una argumentación económica y teórica a las convicciones profundas de los militantes del DNVP y del partido nazi (NSDAP), especialmente en los medios agrícolas (20).

En sus análisis, 1930 marcaba el fin de la economía mundial, dominada por el capitalismo anglosajón. Los antiguos valores políticos (el liberalismo parlamentario) y sus teorías económicas (librecambio) debían ser sustituidas por nuevos principios. El modelo de economía expansiva que significaba el imperialismo sería sustituido por el modelo de economía intensiva cuyo fundamento era la autarquía.

El proyecto autárquico se basaba en una doble fundamentación. Por un lado, constataba la tendencia proteccionista de las diversas políticas nacionales como reacción ante la crisis. Por otra parte, el ideal autárquico resumía las aspiraciones hipernacionalistas de asegurar, en cualquier circunstancia, la independencia nacional y el abastecimiento del pueblo. Pero la autarquía encontraba un límite cercano. Ningún Estado, especialmente los más pequeños, eran capaces de asegurar su vida económica sin mantener ninguna relación con el mundo exterior. De ahí se derivaba la necesidad de agruparse, de constituir bloques económicos unificados primero por acuerdos comerciales preferenciales que abrirían paso a procesos de integración más complejos (unión aduanera) y que acabarían teniendo una inevitable traslación política.

Sobre esta idea nodal (la creación de un espacio económico cerrado bajo la dirección de Alemania) escribieron gran cantidad de autores, desde científicos de prestigio como Werner Sombart, a economistas como Hjalmar Schacht, presidente del *Reichsbank*, pasando por una larga lista de políticos e ideólogos de la que no estuvo exento el partido nazi, aunque su contribución fuera modesta (Rosenberg y Daitz básicamente) (21).

Un autor representativo de estas tendencias fue Ferdinand Fried, seudónimo de

(19) JOHN M. KEYNES: *Las consecuencias económicas de la paz*, Barcelona, 1987 (1.ª ed., 1919), pág. 17.

(20) Sobre la evolución del pensamiento económico alemán referido a Europa véase JEAN FREYMOND: *Le IIIe Reich et la réorganisation économique de l'Europe*, Ginebra, 1974, en su primera parte. Sobre el grupo *Die Tat*, KURT SONTHEIMER: «Der TatKreis», en *Vierteljahreshefte für Zeitgeschichte*, 1959, 3 Heft., págs. 229-260.

(21) FREYMOND: *op. cit.*, págs. 71 y sigs.

Ferdinand Friedrich Zimmermann, periodista y publicista alemán, habitual colaborador desde comienzos de los años treinta de la revista *Die Tat*. En su haber se encontraba un buen número de ensayos de divulgación económica que al hilo de la crisis mundial habían pasado de sentenciar el fin del capitalismo a defender un nuevo sistema de intercambios mundiales basado en una economía autárquica (22). A partir de 1934 pasó a desempeñar funciones importantes en el seno del *Reichnährstand* (departamento encargado planificar la política alimentaria). Una breve obra de este autor, difundida en castellano durante la Segunda Guerra Mundial (23), nos va a ayudar a comprender, con más claridad, en que consistía la teoría de la *Grossraumwirtschaft*.

Fried comenzaba explicando el paso de la economía mundial libre a la economía de grandes espacios. La crisis de 1930 supuso el fin de esta economía mundial marcada por la hegemonía de los países anglosajones. Se trataba del fin de una etapa, y esa idea era generalmente aceptada. Era la etapa de la revolución industrial que había encumbrado a Gran Bretaña al liderazgo mundial, posición desde la que impuso su propia *pax britannica* caracterizada por una economía mundial de libre comercio. Pero este modelo de economía expansiva que representaba el imperialismo había entrado en crisis irreversible, arrastrando con ello la hegemonía de la antigua potencia marítima. El viejo modelo debía ser sustituido por un nuevo tipo de economía intensiva: la autarquía.

Frente a la economía mundial interdependiente, cada Estado, por pequeño que fuese, debía de asegurar su completa independencia económica. Este esquema, llevado hasta sus últimas consecuencias suponía paralizar la actividad económica y llevarla hacia un estado de desarrollo primitivo. Si la autarquía era una necesidad deseable, el problema para ponerla en marcha consistía en obtener un territorio suficiente donde aplicarla. La solución era un espacio natural logrado con asociaciones voluntarias de Estados en donde desarrollar la actividad mercantil con libertad para conseguir la autonomía económica. Según Fried, la organización de esos grandes espacios económicos ya se había puesto en marcha y como tales eran considerados el Imperio británico, el continente americano, Asia oriental y la Unión Soviética. Sólo permanecía al margen una Europa desmembrada, amenazada con ser superada por las «nuevas formas de convivencia económica del siglo XX», que eran esa generalización a escala planetaria de la *Grossraumwirtschaft*.

En Europa este espacio aparecía claramente definido, reforzado además por una tradición cultural e histórica común. La colaboración económica de los pueblos que

---

(22) Las principales obras de FERDINAND FRIED sobre este tema son: *La fin du capitalisme*, París, 1931 (1.ª ed., 1930); *Autarkie*, Jena, 1932; *Die Zukunft des Aussenhandels. Durch innere Marktordnung zur Aussenhandelsfreiheits*, Jena, 1934; *Wende der Weltwirtschaft*, Leipzig, 1941 (escrito en 1939).

(23) FERDINAND FRIED: *El porvenir del comercio mundial*, Madrid, 1942, traducción de la obra: *Die Zukunft des Welthandels*, publicada en Munich el año anterior.

integraran este gran espacio formaría una base natural de vida, de tal modo que desaparecería cualquier dependencia de productos vitales con respecto del exterior. Dentro del gran espacio se producirían relaciones naturales de intercambio entre los territorios industriales y agrícolas, de manera que se aseguraba el trabajo de los obreros industriales y la elevación del nivel de vida en las zonas agrarias deprimidas.

En la segunda parte del ensayo, Fried pasaba a analizar el desigual estadio de desarrollo de los otros grandes espacios que había enunciado para el resto del planeta. De todos ellos sólo temía por la vitalidad del Imperio británico, dada su dispersión geográfica y su falta de unidad. Al espacio europeo se le ofrecía una novedad significativa: la integración de Africa en su área de hegemonía continental, creando Euráfrica. Dada su desarticulación económica, Africa no podía constituir por sí misma un gran espacio autónomo. Necesitaba integrarse de forma complementaria en el gran espacio más cercano y con el que se encuentra naturalmente unida: Europa.

Por último, procedía a presentar la estructura del comercio mundial que previsiblemente se alcanzaría de materializarse esos grandes espacios: un comercio de intercambios entre grandes áreas autosuficientes, autárquicas. El equilibrio económico alcanzado en el interior de los grandes espacios no implicaría una independencia económica absoluta entre ellos. Al contrario, el desarrollo económico que se derivaría de esta nueva organización iba a permitir el intercambio entre los distintos espacios de todo aquello que rebasara el mínimo de subsistencia. En consecuencia, a mayor progreso económico, mayor volumen de comercio, y sobre todo más diversificado, ya que cada espacio tendería a desarrollar su propia peculiaridad.

Vemos, por tanto, que la teoría de la *Grossraumwirtschaft* sobrepasa, con mucho, los límites del pensamiento económico. Sobre un sencillo esquema (quiebra del sistema económico anterior-salidas autárquicas a la crisis-imposibilidad de las autarquías nacionales-creación de grandes espacios autárquicos) se estaba fundamentando un nuevo orden económico internacional sobre una nueva redistribución territorial. El proceso de transformación debía ser necesariamente violento dada la previsible resistencia del antiguo poder mundial a ser sustituido.

En el proceso de gestación ideológica de estas teorías, los nazis se mantuvieron prácticamente al margen. Participaron de unas ideas con gran capacidad movilizadora en los medios ideológicos y sociales de los que procedían sus militantes, pero sus aportaciones doctrinales no fueron significativas, salvo esa concepción visceralmente racial de su idea de imperio. Su ascensión al poder y la creación de un sistema de dominación totalitario les permitió aglutinar a esos sectores conservadores tradicionales y ultranacionalistas que aportaron estas ideas.

Puede decirse, con propiedad, que la idea exclusivamente nazi era la conquista del *Lebensraum*, sin embargo, a partir de 1933, la idea de la *Grossraumwirtschaft* centró el pensamiento de los dirigentes económicos del Tercer Reich, encontrando su plasmación en la política comercial exterior. Conforme los preparativos para la guerra fueron acaparando todos los esfuerzos, la idea de la economía de gran espacio deri-

vó, cada vez más, hacia una noción militar: la *Grossraumwehrwirtschaft*, una economía de guerra total, aplicada sobre el espacio económico europeo bajo dirección alemana, capaz de asegurar la existencia de cada uno de sus miembros durante el conflicto bélico.

Pero la idea de la *Grossraumwirtschaft* no puede ser considerada solamente como un plan para asegurar la resistencia de Alemania y de sus aliados ante un previsible bloqueo comercial del continente, entre otras razones porque hasta el último momento en los planes de Hitler no se consideró la posibilidad de lanzar una guerra contra Gran Bretaña. Fue un proyecto de reorganización económica efectiva del continente desarrollado por el Tercer Reich, con una larga permanencia en el tiempo y aplicado con pragmatismo en sus aspectos militares, económicos y diplomáticos. La entidad intelectual del programa continental nacional-socialista queda de manifiesto al comprobar que junto a estas teorías económicas se creó un nuevo principio de derecho internacional (el orden jurídico internacional de los grandes espacios) pensado como legitimador legal de la nueva redistribución territorial a que aspiraba el Tercer Reich.

### III. EL ORDEN JURIDICO INTERNACIONAL DE LOS GRANDES ESPACIOS

La redistribución territorial del continente, aunque nunca se pensara que pudiera ser efectuada por medios pacíficos, necesitaba de una cobertura legal que la legitimara internacionalmente. Era necesaria, por tanto, la creación de una nueva doctrina de Derecho internacional, y a esa tarea se encomendaron los internacionalistas del nazismo.

A lo largo de los años treinta se sucedieron diversos intentos doctrinales con desigual fortuna. Uno de estos ensayos, realizado por el jurista Ludwig Schecher, trataba de probar la supremacía ilimitada del Derecho interno de los Estados sobre el Derecho internacional, basándose para ello en la antigua doctrina prusiana de Philip y André Zorn, que negaba la existencia misma del Derecho internacional (24).

La aportación más fundada fue la creación de un nuevo concepto del Derecho internacional, el orden jurídico internacional de los grandes espacios (*völkerrechtliche Grossraumordnung*). Su importancia se debe, en primer lugar, a la personalidad de su autor, el gran jurista y teórico del nazismo Carl Schmitt. Schmitt publicó en abril de 1939 un breve estudio para el Instituto de Política y Derecho Internacional de la Universidad de Kiel, bajo el título *Völkerrechtliche Grossraumordnung mit Interventionsverbot für raumfremde Mächte. Ein Beitrag zum Reichsbegriff im Völkerrecht* (25), que podríamos traducir como «Orden jurídico internacional de los gran-

(24) Sobre estos antecedentes véase la obra de NEUMANN: *op. cit.*, págs. 179-180.

(25) CARL SCHMITT: *Völkerrechtliche Grossraumordnung mit Interventionsverbot für raumfremde Mächte. Ein Beitrag zum Reichsbegriff im Völkerrecht*, Berlín, 1939.

des espacios, con prohibición de intervenir a potencias ajenas al territorio. Una contribución al concepto de imperio en el Derecho internacional». No fue la única ocasión en que Schmitt había reflexionado en torno a este tema. En 1934 ya había publicado unas primeras consideraciones sobre la política exterior nacional-socialista en el contexto jurídico internacional de la época (26), y en los primeros años de la guerra mundial persistiría sobre esta teoría del gran espacio (27). Sin duda alguna fue en este trabajo donde profundizó en la formulación de este nuevo concepto.

El estudio comienza analizando otros principios territoriales aplicados al Derecho internacional (las teorías de la «frontera natural», el «derecho a la tierra» o el «pacto regional»), concluyendo con la ilegitimidad jurídica que suponía su utilización. Una vez rechazados estos «falsos» principios, se centraba en el único precedente válido, internacionalmente reconocido y gracias al cual su teoría podía alcanzar carta de naturaleza en el ordenamiento jurídico: la doctrina Monroe. O con mayor precisión, la primitiva doctrina Monroe, tal y como fue enunciada en 1823, basada en estos tres principios básicos:

- Independencia de los Estados americanos.
- Desaparición de todas las colonias del continente.
- No intervención de cualquier potencia extracontinental.

Schmitt buscaba en esta doctrina el antecedente jurídico de un principio teórico utilizable por el Derecho internacional y con validez universal. La doctrina Monroe fue la primera, en la historia del Derecho, en enunciar un «gran espacio» (el hemisferio occidental). Con ello no estaba buscando únicamente una fundamentación geográfica para definir una esfera de interés. Con la definición del «gran espacio americano» la doctrina Monroe creó una nueva idea política: la prohibición de intervenir a las potencias rectoras del sistema europeo en los procesos de autodeterminación de las antiguas colonias esgrimiendo sus principios de legitimación monárquico-dinásticos. El principio de Derecho internacional que extraía Schmitt de la doctrina Monroe es precisamente la ilegitimidad jurídica que tiene una potencia extranjera para intervenir dentro de un «gran espacio», una vez que se encuentra sometido a un principio de orden (28).

---

(26) CARL SCHMITT: «Nationalsozialismus und Völkerrecht», en *Völkerbund und Völkerrecht*, vol. I (1934), págs. 473 y sigs.; «Das Verhältnis von Völkerrecht und staatlichem Recht nach nationalsozialistischer Rechtsauffassung», en *Zeitschrift für Völkerrecht*, 1934, págs. 145 y sigs.

(27) Véanse los artículos de SCHMITT: «Grossraum gegen Universalismus. Der völkerrechtliche Kampf und die Monroedoktrin», en *Zeitschrift der Akademie für Deutsches Recht (ZakDR)*, núm. 6 (1939), págs. 333 y sigs.; «Reich und Raum. Elemente eines neuen Völkerrechts», en *ZakDR*, núm. 7 (1940), págs. 201 y sigs.; y «Raum und Grossraum im Völkerrecht», en *Zeitschrift für Völkerrecht*, núm. 24 (1941), págs. 145 y sigs.

(28) Sobre la formulación de la teoría de SCHMITT en base a la doctrina Monroe véase el estudio de LOTHAR GRUCHMANN: *Nationalsozialistische Grossraumordnung. Die Konstruktion einer «deutschen Monroe-Doktrin»*, Stuttgart, 1962, en especial las páginas 11 a 20.

Schmitt utiliza los fundamentos de la doctrina Monroe únicamente en función de los objetivos que persigue. Por un lado, destaca el reconocimiento internacional que alcanzó al ser recogida en numerosos tratados firmados por los Estados Unidos, creando el antecedente legal que necesita. Por otro, tiene que atacar la teoría que ha justificado la política intervencionista de una potencia rival. Para ello se ampara en la idea de la doctrina subvertida: los primitivos valores enunciados por la doctrina Monroe (la defensa frente a intervenciones de potencias ajenas al continente) se han subvertido durante su siglo de existencia en un principio de pensamiento expansionista, agresivo e imperialista, justificador del intervencionismo norteamericano. El punto de inflexión lo situaba Schmitt en la política seguida por los presidentes T. Roosevelt y Wilson.

El principio que defendía Schmitt era el de la no intromisión en asuntos internos de un «gran espacio». Ambos elementos adquirían la misma importancia. La naturaleza de uno no podía ser explicada sin la existencia del otro. El elemento que diferenciaba el «gran espacio» de un nuevo enunciado geográfico y, en consecuencia, de ser una mera reserva territorial donde Alemania pudiera ejercer su hegemonía, se encontraba en la unión voluntaria de los Estados que lo formaban y el bien común que se aspiraba conseguir.

La nueva doctrina continental permitía impedir el intrusismo de otras potencias, disfrazado bajo falsos principios de Derecho internacional, como eran el «principio de seguridad de las vías de comunicación» esgrimido por el Imperio británico o el «derecho de las minorías de los grupos nacionales» en la Europa central y balcánica, defendido desde la Sociedad de Naciones y enunciados por vez primera por los Estados Unidos. Schmitt denunciaba el universalismo que contenían estas doctrinas ilegítimamente revestidas del Derecho natural a la libertad. En realidad no eran sino expresión de los intereses de imperios mundiales por mantener el *statu quo* en defensa de su hegemonía.

Lo cierto es que las teorías de Schmitt no eran sino propuestas legitimadoras de una mera redistribución del poder continental, en una primera fase, y mundial como objetivo final. Lo más significativo de la prohibición para intervenir a las potencias extranjeras es la cobertura doctrinal con que se protege la acción de las potencias del «gran espacio». Aquella potencia que detente la superioridad fáctica dentro del continente acabará rigiendo la construcción del nuevo ordenamiento europeo.

Las teorías schmittianas lejos de convertirse en elucubraciones académicas tuvieron una aplicación práctica directa. Numerosos discípulos, entre los que cabe destacar al jurista Georg Hahn (29), se esforzaron por articular los principios enunciados con la actividad diplomática desarrollada por el Tercer Reich. La precipitación de los acontecimientos bélicos acabaría por arrinconar estos esfuerzos normalizado-

---

(29) GEORG HAHN: *Grundfragen Europäischer Ordnung. Ein Beitrag Neugestaltung des Völkerrechtslehre*, Berlín-Viena, 1939.

res. La redistribución territorial que esta nueva doctrina pretendía justificar, finalmente se realizaría al margen de las normas del Derecho.

#### IV. EL CONTROL DEL COMERCIO INTERNACIONAL: BILATERALIZACION Y *CLEARING*

La oportunidad para crear el Nuevo Orden fue facilitada por la crisis de 1930 que tuvo como consecuencia el desquiciamiento de las relaciones económicas internacionales. Frente al hundimiento del sistema internacional de pagos y del comercio mundial se ensayaron dos políticas distintas: las manipulaciones monetarias realizadas por Gran Bretaña y Estados Unidos y el control de pagos, recurso generalizado en la mayoría de los países, pero que la Alemania nacional-socialista llevó hasta sus últimas consecuencias.

Alemania ya había introducido el control cambiario en julio de 1931 como una medida temporal cuyo objetivo era evitar la fuga de capitales y proteger al marco. Las divisas fueron repartidas entre los importadores a razón del 50 por 100 (a partir de mayo de 1933) del valor de las importaciones efectuadas en el curso del año anterior a la puesta en práctica del sistema de control. Este sistema se fue endureciendo con la llegada al poder de Hitler, perdiendo su carácter de provisionalidad.

Desde el verano de 1933 los exportadores alemanes fueron autorizados a aceptar como pago de una parte de sus ventas al extranjero, los marcos que sus compradores podían procurarse en ciertas condiciones a través de sus acreedores en Alemania. El mecanismo era complejo y dio origen a los llamados «marcos bloqueados». El Gobierno alemán prohibió la transferencia de la mayor parte de las deudas exteriores, sin que esta medida implicara una moratoria de pagos. Los importadores alemanes se veían obligados a pagar a sus acreedores de modo indirecto, ingresando estas sumas en una caja estatal de conversión. Los acreedores extranjeros disponían así de voluminosas cuentas a su nombre que no podían movilizar, salvo contadas excepciones, o para determinados productos en el mercado interior o cediéndolos a importadores alemanes. Dada la relativa abundancia de estos marcos bloqueados, podían adquirirse en el mercado libre a un precio inferior a la cotización oficial. En la práctica, este mecanismo suponía una devaluación monetaria limitada a una parte de los marcos ofrecidos a los importadores extranjeros, pero que en Alemania conservaban el mismo valor que el marco ordinario. En definitiva, suponía una prima a las exportaciones alemanas sin necesidad de realizar una devaluación oficial (30).

Este sistema, unido a otros mecanismos discriminatorios en el uso de divisas, permitió a Alemania mejorar el volumen de su exportación mediante esta subvención

---

(30) FRANK C. CHILD: *The Theory and Practice of Exchange Control in Germany*, La Haya, 1958, págs. 122-123.

encubierta. Sin embargo, estas medidas no fueron suficientes y a comienzos de 1934 las asignaciones de divisas fueron progresivamente reducidas. Un cambio trascendental se produciría ese mismo año con la puesta en marcha del llamado *Neuer Plan* (31) diseñado por Hjalmar Schacht.

Schacht es una de las figuras más representativas de ese heterogéneo frente que consiguió agrupar en su entorno el Tercer Reich (32). Presidente del *Reichsbank* desde el difícil año de 1924, dimitió de su cargo en 1929 al negarse a firmar el Plan Young. En 1930 organizó una asociación de grandes industriales conocida como «Frente de Harzburg» que permite canalizar la ayuda financiera del gran capital hacia los nazis. Estos servicios serán recompensados a partir de 1933 cuando es restituido en su antiguo puesto. Al año siguiente es nombrado Comisario de Economía del Reich y poco más tarde Ministro de Economía. Durante esta primera etapa, es el principal responsable de la política económica alemana en su doble vertiente interior, orientando la producción hacia el rearme gracias al conocido sistema de crédito montado en torno a las «letras MEFO», y en el exterior, con la reestructuración de toda la política comercial a través de su *Neuer Plan*.

El Nuevo Plan (cuyo fundamento legal fue el decreto sobre tráfico de mercancías del 4.9.1934), concedía al Ministerio de Economía el poder de controlar y regular el comercio exterior instaurando al efecto las oficinas de control (*Überwachungsstellen*) de las que se llegaron a crear hasta veintiocho. La reforma imponía la bilateralización del comercio exterior, limitando las importaciones en función de las necesidades más urgentes de la producción alemana y organizando los intercambios sobre la base de un comercio de canje y compensación a través de los acuerdos de *clearing*. La economía alemana en su conjunto no tenía otro medio de pagar sus importaciones que vendiendo suficientes productos al extranjero. La escasez de divisas se encontraba en el origen de esta actuación y su principal consecuencia sería el progresivo aislamiento de Alemania respecto del mercado mundial.

Los acuerdos de *clearing* tendían a compensar importaciones y exportaciones sin que hubiera una transferencia efectiva de moneda (33). En cada país firmante funcionaba una oficina de *clearing* que efectuaba en su propio moneda nacional los pagos debidos a los exportadores extranjeros gracias al dinero recibido de los importadores nacionales. Normalmente se negociaba el monto total de estas operaciones (valoradas en cada país en su propia moneda) y la estructura del intercambio. Posteriormente se determinaba un cambio fijo en la paridad entre las dos monedas que ter-

---

(31) SOEREN DENG: *Deutschlands Austritt aus dem Völkerbund und Schachs «Neuer Plan»*, Frankfurt, 1986, págs. 362 y sigs.

(32) Un documento interesante sobre esta colaboración son las memorias del propio protagonista HJALMAR SCHACHT: *76 Jahre meines Lebens*, Bad Wörmishofen, 1953.

(33) Una buena ayuda para comprender los complejos mecanismos de compensación son los manuales comerciales al uso en aquella época. Un buen ejemplo lo encontramos en PEDRO GUAL VILLALBI: *Teoría de la política comercial exterior*, Madrid-Barcelona, 1940. Sobre el *clearing*, págs. 432 a 439.

minaba de equilibrar la relación. El control podía hacerse más extremo, poniendo niveles de cumplimiento temporal dentro del período en vigor del acuerdo. Al final del ejercicio ambos países debían haber cumplido con sus respectivos compromisos de compra-venta, por lo que las respectivas cuentas, en función de la relación predeterminada, quedaban compensadas de forma automática.

Toda esta organización provocaba cierta rigidez. Para superar estas dificultades fueron autorizadas las llamadas «operaciones de compensación privada»: intercambio entre particulares, de país a país, de productos cuyo valor se equilibraba, contabilizados fuera del *clearing* y que no implicaba una transferencia de divisas. Era la legalización del trueque en operaciones privadas cuyo alcance tenía que ser necesariamente limitado. Durante la guerra mundial se empleó con frecuencia en las llamadas «operaciones especiales», intercambio de productos con alto valor militar o estratégico, realizadas al margen de los acuerdos comerciales, que permitían conservar su secreto y obtener como medio de pago unos rendimientos que superaban los estrictamente económicos.

El objetivo de todas estas medidas era conseguir una adaptación de las importaciones a la débil disponibilidad de divisas de la economía alemana, eliminando aquellas importaciones que no fueran del todo necesarias. El principio del Plan era no comprar más que aquello que se estaba en condiciones de pagar. La intervención no se reducía a una simple reglamentación de las importaciones, sino que perseguía, sobre todo, el desarrollo de la exportación y el establecimiento de contactos permanentes con el extranjero. En líneas generales, los objetivos del plan pueden resumirse en tres puntos:

— Transformación de la composición de las importaciones, potenciando la adquisición de materias primas y eliminando todos aquellos productos que no eran considerados indispensables.

— Incrementar el flujo exportador hacia aquellos países productores de materias primas a fin de asegurarse su pago, o también hacia otros países donde pudieran obtenerse divisas libres.

— Afianzar una red exterior de socios comerciales relativamente autónoma respecto de las oscilaciones del mercado y tratar de restablecer una balanza comercial crediticia.

Estas regulaciones se hacían de forma bilateral, abandonando, de hecho, la aplicación de la cláusula de nación más favorecida que era sustituida por el principio de reciprocidad en las relaciones comerciales. Durante estos años, Alemania consiguió firmar acuerdos de esas características con un gran número de países europeos, especialmente del área danubiana, y sudamericanos. Las medidas se mostraron del todo eficaces al incrementar en pocos años el volumen de comercio (34).

Los países contratantes con Alemania se veían impulsados a firmar este tipo de

---

(34) La participación alemana en el volumen del comercio mundial se elevó desde el 8,55 por 100 en 1935 al 10 por 100 en 1938 (CHILD: *op. cit.*, pág. 217).

acuerdos por diversas razones. En primer lugar daban salida a sus productos agrarios y materias primas en unas condiciones de mercado especialmente difíciles, obteniendo productos industriales alemanes sin necesidad de utilizar unas divisas de las que también carecían. Además, Alemania primaba a estos países estableciendo una cotización de cambio relativamente ventajosa para ellos y pagando unos precios nominales sensiblemente elevados sobre la media internacional. Esto le permitiría alcanzar una posición predominante de estos mercados. Al asignar al marco un valor de *clearing* superior al real, la relación de cambio (que era una magnitud contable) era elevada a un nivel superior al de la relación de los poderes adquisitivos. El importador alemán podía pagar sus compras con una módica cantidad de marcos mientras que el exportador extranjero recibía una suma elevada en su moneda nacional. De esta forma, tanto unos como otros orientaban sus operaciones de forma preferente hacia el país con el que mantenían un acuerdo de este tipo. Si los importadores alemanes compraban a buen precio sus suministros extranjeros, era gracias al esfuerzo adicional que tenían que hacer los importadores del otro país, obligados a satisfacer sus pagos sobre un valor de *clearing* ciertamente elevado.

El problema radicaba en que estos importadores no podían acudir al mercado internacional para abastecerse debido a la normativa del sistema de control de cambios y a los compromisos derivados del acuerdo de *clearing*. Cuanto mayor era el flujo de exportaciones hacia Alemania más se limitaban las posibilidades de compra de estos países en divisas libres, y mayor era la dependencia económica contraída con Alemania.

La puesta en marcha del Plan Schacht permitió al Tercer Reich efectuar enormes compras de materias primas necesarias para la realización de su programa de «pleno empleo» (sobre la doble base del rearme y las grandes obras públicas) sin necesidad de emplear unas divisas de las que carecía, incrementando además la demanda exterior de sus productos industriales.

Esta situación se mantuvo hasta 1936, cuando se produjo un cambio en la coyuntura económica internacional con una elevación generalizada de los precios y una mejora de los intercambios. Es precisamente en estos momentos cuando se produce un giro esencial en la política económica alemana mediante la adopción del llamado Plan Cuatrienal anunciado por Hitler en la inauguración del congreso del NSDAP celebrado en Nuremberg.

Con el Plan Cuatrienal el partido nazi, a través de su control sobre los órganos del Estado, comenzó a adquirir un protagonismo más intenso en la esfera económica. Los objetivos proclamados del plan eran procurar las condiciones económicas para llevar a la práctica el programa bélico del régimen. En cuatro años, Alemania debía estar en condiciones de ser autosuficiente en todos aquellos productos que pudieran ser fabricados por la industria nacional y, cuando menos, alcanzar la autonomía respecto de cualquier presión exterior (35). Para ello tenía que acaparar determinadas materias pri-

---

(35) DIETER PETZINA: *Autarkiepolitik im Dritten Reich*, Stuttgart, 1968, pág. 50.

mas e intentar sustituirlas mediante producciones sintéticas. En líneas generales se daba un fuerte impulso al programa de rearme masivo. Este despegue de los gastos militares aumentó las necesidades de divisas por lo que se reforzaron aún más los controles introducidos por Schacht dos años antes. Las decisiones políticas adoptadas en 1936 confirmaron que los controles sobre el comercio y los pagos internacionales y de los salarios y precios en el interior, iban a extenderse y a hacerse aún más drásticos aislando a la economía alemana del mercado mundial. La extraordinaria asignación de recursos, concentrados en la producción de materiales estratégicos con un precio muy superior al internacional, acabó por sancionar este aislamiento.

Para reafirmar la dimensión política del programa económico se puso a su frente a Hermann Göring como comisario del Plan Cuatrienal, acumulando de esta forma una larga lista de cargos públicos que le convertían, de hecho, en el hombre más poderoso del régimen. Con el nuevo nombramiento, Göring quedaba situado jerárquicamente por encima de todos los Ministerios económicos y progresivamente asumió una influencia decisiva sobre este sector. Influencia que se consumó con la dimisión de Schacht de la cartera de Economía (noviembre de 1937) y de la presidencia del *Reichsbank* (enero 1939). Schacht permanecería en el Gobierno como Ministro sin cartera hasta enero de 1943, sin desempeñar ninguna función concreta y sin ejercer influencia alguna sobre la política económica.

La disensión de Schacht se debía a la subordinación de la producción a los objetivos bélicos y políticos, abandonando los principios de racionalidad económica. En cambio Göring apoyaba sin reservas estas medidas despreciando las necesidades civiles. Sin embargo, la política efectiva desarrollada durante estas dos etapas en el ámbito del comercio exterior no sufrió variaciones significativas. En parte porque las propias exigencias imponían la necesidad de potenciar unos elementos de control cuya efectividad había sido demostrada y, en parte también, por la permanencia en sus cargos de numerosos expertos que habían contribuido al diseño de la política comercial (36). Gracias a esta permanencia, la figura de Göring fue contemplada por algunos de sus contemporáneos como el representante de una cierta política exterior tradicional de gran potencia orientada hacia la consecución de unos logros económicos (37).

1936 sí marcó un giro importante en la concepción estratégica de la política comercial exterior. La creación de una economía de guerra autosuficiente tenía que asegurar la mayor independencia posible respecto del exterior, tanto en materias primas como en mercados. Por ello, a partir de esta fecha, el comercio exterior alemán temiéndolo un bloqueo como el padecido durante la Primera Guerra Mundial, se concentró en un grupo de socios comerciales, lo más cercanos posible, cuyo comercio no era ultramarino y cuyas exportaciones consolidaran las reservas alemanas de materias pri-

---

(36) Sobre la influencia de estos grupos y su ambiguo posicionamiento político véase: ECKART TEICHERT: *Autarkie und Grossraumwirtschaft in Deutschland, 1930-1939*, Munich, 1984, págs. 125-128.

(37) KLAUS HILDEBRAND: *Deutsche Aussenpolitik 1933-1945*, Stuttgart, 1980, pág. 61.

mas y alimentos (38). El objetivo era conseguir en un determinado ámbito territorial una corona de socios comerciales amigos, o cuando menos neutrales. Un cordón comercial que ofreciera una independencia económica lo más alta posible buscando además una fórmula de relación con esos países para que en caso de conflicto permanecieran en el ámbito de sus armas. Se estaba iniciando la construcción de la economía de gran espacio.

La bilateralización fue la principal característica del procedimiento diplomático empleado para crear este nuevo sistema de relaciones económicas exteriores, basado en la firma de convenios de *clearing* y en la conclusión de acuerdos económicos de carácter preferencial. Este tipo de tratados ofrecían al Tercer Reich una posición predominante en las economías nacionales de estos Estados, distorsionando los mercados internos con su política de precios y acaparando buena parte de su exportación. Un caso conocido y ejemplar de este proceso de integración fueron las relaciones germano-rumanas durante estos años, y de modo especial el tratado económico bilateral del 23 de marzo de 1939 (39).

Con gran frecuencia, la historiografía ha atribuido a estos acuerdos una capacidad irresistible para subordinar al Estado firmante a las necesidades económicas del Reich (40) imponiéndole una especie de «imperialismo comercial» sin dinero como paso previo a su posterior alineamiento diplomático, si es que no llegaba a producirse su anexión efectiva. Sin embargo, investigadores como el profesor Marguerat (41) demuestran que fue la dinámica política la que abrió paso a la acción económica y no a la inversa (42).

Junto a los efectos positivos que revelaron poseer los acuerdos de *clearing* (reactivación y crecimiento del volumen de comercio sin necesidad de emplear divisas), su capacidad como instrumento de vinculación política fue limitado. Sólo cuando se encontraba acompañado de circunstancias extraordinarias (como pudo ser la guerra civil en el caso español) (43) o en función de las nuevas condiciones geoestratégicas creadas en centroeuropa (tras el *Anschluss* y la creación del Protectorado de Bohemia-Moravia para el caso rumano), Alemania pudo alcanzar una posición monopsó-

---

(38) H. E. VOLKMAN: «Aussenhandel und Aufrüstung in Deutschland 1933 bis 1939», en FRIEDRICH FORSTMEIER y HANS-ERICH VOLKMAN (eds.): *Wirtschaft und Rüstung am Vorabend des Zweiten Weltkrieges*, Düsseldorf, 1981, pág. 101.

(39) PHILIPPE MARGUERAT: *Le IIIe Reich et le pétrole roumain: 1938-1940*, Ginebra, 1977, págs. 130 y sigs.

(40) Una interpretación clásica en este sentido es la ofrecida por CHARLES BETTELHEIM *La economía alemana bajo el nazismo*, vol. II, Madrid, 1980, págs. 65-66.

(41) MARGUERAT: *op. cit.*, pág. 206.

(42) CHILD también destaca la imagen de «mutuos beneficios» que correspondía a estos acuerdos en un momento de grave recesión en los intercambios mundiales y el margen de autonomía económica que realmente conservaban los Estados firmantes (*op. cit.*, págs. 3 y sigs.).

(43) Sobre la vinculación de España a los intereses estratégicos y económicos del nazismo, véase nuestra tesis doctoral, RAFAEL GARCÍA PÉREZ: *Franquismo y Tercer Reich*, Madrid, 1994.

dica en el comercio exterior de estos países. Y junto a estas condiciones necesarias, contar además con otras circunstancias igualmente favorables como eran una voluntad política por parte de los otros gobiernos para colaborar con Berlín, y la abstención de las grandes potencias financieras (Gran Bretaña y Francia en esos momentos) que renunciaron a movilizar todos sus recursos económicos en una batalla por el control de los mercados europeos (44). Guerra económica que británicos y norteamericanos desplegarían con todas sus energías durante la contienda mundial y que hasta 1939 se vio frenada por la misma indecisión especulativa que justificó la política de *appeasement*.

En numerosas ocasiones, los acuerdos de *clearing*, lejos de poseer los efectos dominadores descritos, se convirtieron en auténticas trampas comerciales para Alemania. Ello era debido a los frecuentes retrasos acumulados por sus exportaciones (a cuya producción le costaba atender la demanda adicional de los otros países durante el esfuerzo de rearme), y por la elevación de precios y cotizaciones. No hay que olvidar que los precios altos de las importaciones debían de ser pagados con productos alemanes que desde luego no eran siempre inútiles y de pequeño valor. En general, se trataba de productos indispensables (carbón o productos químicos) cuando no de armamento moderno (como consiguieron adquirir muchos países europeos durante la guerra, ya fueran aliados o neutrales). Los retrasos crearon una deuda de *clearing* permanente que lejos de representar un estímulo para los intercambios, produjeron en realidad el efecto contrario: los exportadores extranjeros tendían a interrumpir sus envíos como medida de presión, creando una situación embarazosa para Alemania que sólo podía resolver concediendo las exportaciones de calidad demandadas, o cuando tuvo capacidad para ello, aplicando presiones políticas y militares.

Puede decirse que la efectividad de la política comercial exterior nacional-socialista como instrumento de dominación se vio limitada, en sus aspectos internos, por dos debilidades básicas de la economía alemana. En primer lugar, el esfuerzo productivo orientado hacia el rearme absorbía la mayor parte de la capacidad industrial liberando muy pocos excedentes para su exportación. Desde 1936 estos compromisos exteriores constituían una exigencia difícilmente asumible que amenazaba con poner a la economía al límite del punto de ruptura. El segundo elemento que debilitaba la acción económica alemana era su limitada implantación financiera en los mercados exteriores debido a su escasa capacidad para exportar capitales. En los años veinte Alemania había consumido su capacidad crediticia exterior en el pago de las reparaciones de guerra y de los créditos exteriores. La crisis financiera de 1931 tuvo como consecuencia la desaparición casi total de nuevas exportaciones de capital. A partir de 1933 el aumento de la demanda interna acabó por absorber en su práctica

---

(44) Sobre la competencia comercial germano-británica por los mercados balcánicos véase el estudio de OLIVER LONG: *Les Etats-Unis et la Grande Bretagne devant le IIIe Reich, 1934-1939*, Ginebra, 1943. El estudio de MARGUERAT ofrece también múltiples ejemplos de este enfrentamiento.

totalidad esta acumulación de capitales, que sólo ocasionalmente, y de forma limitada, fueron colocados en el exterior en un volumen que nunca amenazó la hegemonía franco-británica.

Estas dos debilidades se conjugaron para reducir al mercado alemán a una situación particularmente vulnerable ante las medidas económicas tomadas por sus socios y competidores. Mientras que el *Reich* no pudiera imponer su voluntad a través de la intervención militar o de una subordinación política estricta, los efectos dominadores del *clearing* se veían limitados por medidas elementales como pudieran ser una elevación unilateral de precios, por parte del país exportador, y la capacidad financiera y productiva de sus enemigos occidentales.

A la vista de estos resultados cabe preguntarse sobre la efectividad de la política comercial alemana como constructora de la economía de gran espacio antes de 1939 y, en definitiva, sobre la misma vigencia de la idea de la *Grossraumwirtschaft* como teoría explicativa del proceso. Parece evidente que la actuación económica nazi, lejos de atender a un proyecto previo de realización concreta, fue un conjunto de actuaciones dictadas por la oportunidad política. Las medidas de control económico en el interior fueron una respuesta exigida por la situación económica que sintonizaba con la propia naturaleza de un Estado intervencionista y totalitario. Su traslación al ámbito del comercio exterior (a través de los controles de cambios y los acuerdos de *clearing*) se revelaron como instrumentos indicados para sostener una política económica para el rearme y una política exterior expansionista. La idea de la *Grossraumwirtschaft* se convertía en la síntesis teórica que permitía obtener los recursos necesarios para desarrollar una actuación estratégica autónoma haciendo presentable, incluso deseable, su programa de expansión continental. Aunque en el fondo sólo fuera una justificación retórica, elaborada en función de necesidades económicas derivadas del programa bélico, desempeñó un papel indiscutible en la síntesis estratégica alemana en su doble dimensión interna, orientando la política económica, y externa, creando en su entorno el apoyo necesario. Sobre la base de estas nociones económicas durante la guerra mundial se lanzó un mensaje de integración económica del continente que debía de encontrar una inevitable traslación política. Al hilo de la nueva hegemonía militar conquistada, el proyecto continental nacional-socialista fue difundido de forma sistemática y percibido por el resto de los pueblos europeos como la consagración de la nueva distribución mundial de poder en la que debían integrarse (45).

La *Grossraumwirtschaft* nunca fue contemplada por las autoridades nacional-socialistas como una «alternativa pacífica» a su programa de construcción de una potencia mundial. Hacía tiempo que el partido nazi había realizado su elección esco-

---

(45) Sobre el caso español véase, al respecto, RAFAEL GARCÍA PÉREZ: «La idea de la "Nueva Europa" en el pensamiento nacionalista español de la inmediata posguerra, 1939-1944», en *Revista del Centro de Estudios Constitucionales*, núm. 5 (1990), págs. 203-240.

giendo el conflicto armado como el principal instrumento ejecutor de su política y llevaba años preparando su economía para cumplir con este cometido (46). La guerra era contemplada como el único medio para solucionar, a largo plazo, sus problemas económicos. La expansión territorial, el acceso a nuevos productos y materias primas, el control de un amplio mercado, en definitiva, la conquista del *Lebensraum* era el ansiado botín que compensaría el anterior esfuerzo bélico.

## V. CONCLUSION

Resulta llamativo el contraste que se aprecia al comparar el riguroso sistema desplegado por el Tercer Reich para controlar el comercio exterior de sus futuros aliados europeos, con las vinculaciones diplomáticas efectivamente establecidas. La gran alianza continental, la expresión diplomática de Nuevo Orden, se construyó sobre una base contractual tan débil como era el Pacto Antikomintern. Este acuerdo contra la Internacional Comunista comprometía a los Estados signatarios, en sus tres únicos artículos, a un nuevo compromiso de vigilancia e intercambio de información sobre las actividades comunistas. El documento no contenía declaración formal alguna que permitiera profundizar o extender esa colaboración.

Sobre esta base diplomática tan débil pocas iniciativas podían ser tomadas por el conjunto de los Estados signatarios. El auténtico nexo de unión no era diplomático, sino su común vinculación, económica o ideológica, con el Tercer Reich. La diplomacia alemana de la época ponía de manifiesto con esta actuación, los temores que toda potencia hegemónica siente, tratando de evitar la formación de cualquier tipo de coaliciones periféricas que amenazaran al poder central alemán.

El Nuevo Orden fue, en la práctica, una vieja realidad. Un imperio militar, expansivo, sobre unos axiomas radicalmente racistas que, seguramente, fueron sus únicos rasgos de originalidad. Pero es necesario reconocer que sus instrumentos de poder no fueron siempre bélicos, ni sus objetivos conducían, de forma necesaria, al exterminio del resto de pueblos no arios. Hasta llegar a estas soluciones extremas, aplicadas con rigor inhumano a partir de 1943, cuando la amenaza de la derrota se hacía real, el nazismo recorrió un largo camino ideológico con etapas similares a las del resto de movimientos nacionalistas y fascistas europeos.

La idea de la regeneración nacional podía encontrar un fundamento político en Alemania con el Tratado de Versalles, pero el sentimiento generalizado de crisis era común en toda Europa. Crisis completa, global, en una triple dimensión: de colapso del sistema económico capitalista basado en el liberalismo no intervencionista; de agotamiento de la fórmula política inherente a ese sistema, la democracia representati-

---

(46) La denominada «síntesis estratégica» de la *Blitzkrieg*. Véase, al respecto, ALAN S. MILWARD: *La Segunda Guerra Mundial, 1939-1945*, Barcelona, 1986, págs. 17-26.

va, y también una crisis de civilización percibida, con un sentido globalizador, como crisis de la cultura occidental. La mayoría de los intelectuales nacionalistas europeos de la época de entreguerras partieron de la conciencia común de esa decadencia para articular programas de actuación política que, sobre unas bases nacionales, defendían unos objetivos continentales. En Alemania, del mismo modo que en Francia, España o Italia (47), se desarrollaron propuestas de acción europeas. Su desigual concreción se debió a la desigual fortaleza militar de sus regímenes para llevarlas a cabo.

No puede ser negado el carácter europeísta de estos proyectos ideológicos y políticos. Europa no es un concepto forjado exclusivamente por el liberalismo, sino una noción intelectual determinada por las condiciones culturales de cada época. El nazismo creó la suya a partir de elementos dispersos presentes en el amplio espectro del nacionalismo alemán, al cual aglutinó, más que en los elementos ideológicos más característicos de su propio grupúsculo. Sin embargo, a pesar del armazón teórico, económico y legal sobre el que se erigió el proyecto continental nazi, su ejecución práctica reveló su carácter puramente instrumental al imponer un sistema, mil veces repetido, de dominación imperialista sobre la base de su poder militar.

---

(47) Véase, al respecto, EDUARDO GONZÁLEZ CALLEJA: «Los intelectuales filofascistas y la "defensa de Occidente"». (Un ejemplo de la "crisis de la conciencia europea" en Italia, Francia y España durante el período de entreguerras)», en *Revista de Estudios Políticos*, núm. 81 (1993), págs. 129-174.